

SOLIDARIDAD Y PREVENCIÓN. EL CASO DE JAPÓN

El Editor



En varios números de nuestra Revista Electrónica “ADE”, hemos dedicado temas al problema de los desastres naturales y los provocados por el hombre; así como sobre las medidas para su prevención, tanto en el ámbito nacional, como multilateral.

Como ya se ha reportado, el viernes pasado la población mundial quedó asombrada ante el devastador terremoto ocurrido en las costas del noreste del Japón y su consecuencia inmediata, el no menos destructivo tsunami.

En esta ocasión, no se trata de recriminar a nadie acerca de si de acuerdo con sus responsabilidades, se tomaron las medidas necesarias para enfrentar de la mejor manera posible los riesgos de los fenómenos naturales de todo tipo.

Asimismo, no intentamos competir con otros medios de comunicación en el sentido de quien hace llegar primero la noticia, o el comentario. Se trata de hacer conciencia entre la sociedad en general, para que tomando como ejemplo lo que está ocurriendo, tratemos de prepararnos ante una eventual repetición de un fenómeno similar en nuestro propio país.

En ese sentido, viene al caso reinsertar trabajos publicados anteriormente pero que no han perdido actualidad. Tal es el caso del presente trabajo (ADE No. 11, trimestre junio-agosto de 2004):

“Estrategias de prevención eficaces no sólo ahorrarían decenas de miles de millones, sino que salvarían decenas de miles de vidas”.

Kofi Annan, Secretario General de Naciones Unidas.

Los Desastres Naturales: Un Problema de Alcance Mundial

Por Javier E. Gordon Ruiz*

Anualmente somos sacudidos por fenómenos naturales, hechos que constituyen la fuerza transformadora del planeta y que han estado operando desde antes de la presencia del hombre en la Tierra. Sin embargo, la degradación ambiental, el cambio climático, los asentamientos humanos en zonas vulnerables y la profundización de la pobreza han hecho que estos fenómenos naturales se conviertan en desastres que, cada vez con mayor frecuencia e intensidad, están causando incalculables pérdidas humanas, sociales y económicas, principalmente en los países en desarrollo.

Entre 1993 y 2002 se reportaron en el mundo un total de 5.400 desastres que dejaron un saldo de poco más de 623 mil personas fallecidas y casi 2,5 millones de personas afectadas. Los daños estimados a escala mundial por estos eventos adversos alcanzaron unos 164 mil millones de dólares.^[1]

De estos desastres, el 78% tuvo lugar en países de medio y bajo desarrollo humano, al igual que el 96% de las muertes reportadas, mientras que el 59% de los daños estimados se concentraron en países de alto desarrollo humano.

Solamente en 2003 se reportaron en el mundo 714 desastres, 50.000 muertes, cifra que casi duplica la cantidad de víctimas fatales ocurridas en 2002 (24.532). Se estima que estos desastres naturales le costaron a la economía mundial unos 60.000 millones de dólares, lo que equivaldría a perder los recursos que los países industrializados miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) asignan a la ayuda oficial al desarrollo.^[2]

Estas cifras ponen en evidencia el impacto que los desastres naturales pueden causar a la economía y la sociedad, pero muy particularmente a los planes y programas nacionales de desarrollo, dado que la atención de las emergencias consumen recursos siempre escasos y que no estaban contemplados dentro de los presupuestos ordinarios de los países.

Es precisamente debido a la frecuencia de los fenómenos naturales y a cómo la dinámica ambiental y social convierten estos eventos en desastres, que el tema de la gestión de riesgo y la prevención de desastres ha adquirido una mayor relevancia dentro de la agenda internacional y, particularmente, en la agenda latinoamericana y caribeña.

América: Un Continente en Riesgo

Los países que conforman el Continente Americano tienen una alta exposición a los fenómenos naturales, pues es la segunda área geográfica después de Asia en ocurrencia de desastres. Abarca cuatro placas tectónicas activas, de allí su propensión sísmica y actividad volcánica. También es una zona propensa a las tormentas tropicales, mientras que las costas del Caribe forman parte del corredor de huracanes del continente. Adicionalmente, la región presenta un sistema de montañas y cuencas hidrográficas que la hacen vulnerable a deslizamientos e inundaciones. Por si fuera poco, es una de las zonas donde el cambio climático se expresa con mayor fuerza a través de los efectos que producen los fenómenos de “El Niño y “La Niña”.

Entre 1993 y 2002 se reportaron en el continente americano 1.140 eventos adversos, lo que significa que la región sufrió el impacto del 21% de los desastres naturales reportados a escala mundial. Estos eventos causaron la muerte de casi 80 mil personas, afectaron directamente a más de 47 mil y provocaron daños estimados por cerca de 164 mil millones de dólares.

Se calcula que cada año ocurren en el continente un promedio de 114 desastres de consideración, de los cuales 40 se ubican en América Latina y el Caribe.

Antes y Después del Mitch

El 24 de octubre de 1998, el Mitch, un huracán de categoría 5 (la más alta en su escala) azotó Centroamérica y el Caribe provocando lluvias torrenciales, inundaciones, deslaves y vientos con un alto poder destructivo. Los países más afectados fueron Honduras, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Belice y Costa Rica.

El impacto del Mitch sobre esos países fue de tal magnitud que modificó significativamente las expectativas favorables de crecimiento de la región. Este evento ocasionó la muerte de más de 9.000 personas, 12.000 heridos y 3,5 millones de personas afectadas. Según la CEPAL, el impacto económico que tuvo el Mitch en Centroamérica alcanzó los 6.000 millones de dólares en daños directos e indirectos, lo que correspondería al 16% del PIB regional. Sin embargo, en países como Honduras y Nicaragua las pérdidas fueron mucho más cuantiosas y alcanzaron un monto equivalente al 82% y al 49% del PIB, respectivamente.

La magnitud de los daños generados por el Mitch y su impacto sobre los planes y programas de desarrollo en los países afectados provocó una ruptura con la forma tradicional de abordar la gestión de riesgo y la prevención de desastres en América Latina y el Caribe.

En diciembre de 2003 se realizó en Tegucigalpa el *“Foro Regional Mitch + 5 ¿Dónde estamos y para dónde vamos?”*, convocado por el Centro de Coordinación para la Prevención de los Desastres Naturales en América Central (CEPREDENAC). Ese encuentro le permitió a los actores políticos, sociales y económicos analizar y evaluar los avances y logros alcanzados

después de 5 años de haber transcurrido uno de los desastres más destructivos ocurrido en la región. Las conclusiones y recomendaciones se reflejaron en la Declaración de Tegucigalpa, presentando un conjunto de propuestas y acciones concretas a desarrollar.

La Institucionalidad Regional y la Gestión del Riesgo

A partir del Mitch se generó un consenso regional e internacional que acelera los procesos de cambio de paradigmas en el diseño de políticas para el manejo de los desastres marcando las diferencias entre la gestión de emergencias, la gestión de desastres y la gestión de riesgo, proceso que ya se venía vislumbrando en algunos entes públicos nacionales responsables de la protección y defensa civil. Éste fue involucrando simultáneamente a los organismos nacionales de planificación, ambiente y ciencia y tecnología, así como a los organismos regionales e internacionales, las universidades, los centros académicos y de investigación y las organizaciones no gubernamentales.

A partir de 1998-1999, casi sin excepción, las organizaciones regionales e internacionales recibieron el mandato expreso de sus Estados miembros de abordar con mayor fuerza y amplitud el tema de la gestión de riesgo y prevención de desastres en sus diferentes fases: capacitación y adiestramiento, preparación pre y post universitaria, investigación científico-técnica, desarrollos de legislaciones y normas específicas, fortalecimiento institucional y planificación, financiamiento de proyectos, desarrollo de recursos estadísticos, estrategias comunicacionales, incorporación de los actores sociales, particularmente a nivel comunitario y de gobiernos locales, todo esto con la finalidad de promover y consolidar la cultura preventiva.

Particular mención merecen algunas organizaciones internacionales que, a través de estudios, reuniones gubernamentales, programas de formación, financiamiento de proyectos, fondos de emergencia y reconstrucción, han realizado aportes decisivos para el desarrollo de la nueva visión integral y permanente de la gestión del riesgo:

- **En el ámbito internacional:** el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Organización de Estados Americanos (OEA), la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL)^[3], la Organización Panamericana de la Salud (OPS), la Organización Mundial de la Salud (OMS), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), la Oficina Humanitaria de la Comunidad Europea (ECHO), la Federación Internacional de la Cruz Roja (IFRC), la Estrategia Internacional para la Reducción de Desastres (EIRD), el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)^[4]...”

“Construyendo un Futuro más Seguro

Los desastres naturales y su impacto económico y social representan sólo una porción de la gama de factores que vienen afectando las posibilidades de desarrollo sustentable en América Latina y el Caribe.

Junto con los desastres naturales, la región debe enfrentar una “agenda negra”: es la segunda región de mayor criminalidad en el mundo, hay más de 211 millones de personas que viven en situación de pobreza, 54 millones sufren malnutrición, 2.9 millones de personas son portadores de VIH y 1.6 millones viven con SIDA, 25% de la población carece de servicios de salud, 2.3 millones de personas viven en condición de refugiados, 22 millones de niños menores de 14 años se ven obligados a trabajar, 58% de los niños de 5 años son pobres, por sólo mencionar algunas cifras.

Para la región es imprescindible reflexionar y racionalizar el uso de los recursos financieros, que son siempre escasos, y orientarlos hacia políticas de desarrollo económico y social que contribuyan a solucionar los graves problemas en materia de pobreza, inseguridad, desempleo, degradación del ambiente, entre otros, y que ayuden a desmontar el círculo vicioso y perverso de la pobreza.

Hacia el futuro existen retos y tareas por realizar que no son de responsabilidad exclusiva de los Gobiernos, sino que ameritan un compromiso y una responsabilidad compartida de todos los actores sociales. Además, se requiere continuar fortaleciendo la formación y la capacitación de la comunidad, de los gobiernos locales y de los organismos de primera respuesta, y consolidar la gestión de riesgo desde la visión multisectorial, de responsabilidad compartida entre lo público y lo privado, y de carácter permanente, en donde las organizaciones no gubernamentales pueden jugar un papel estelar.

Por último, debemos tener presente que no todo fenómeno natural es potencialmente destructivo. Es la dinámica social, la manera como degradamos el ambiente y nuestro entorno, lo que aumenta la vulnerabilidad e incrementa las amenazas. Es ese desequilibrio paulatino que se genera en el entorno lo que tarde o temprano se expresa como un evento catastrófico con la presencia del fenómeno natural.”

***Javier E. Gordon Ruiz**
Político,
Jefe de Proyectos del SELA
Caracas, 14 de julio de 2004

^[1] La información estadística corresponde a la base de datos de EM-DAT, CRED, University of Louvain, Belgium y al Informe Mundial de Desastres 2003 de la Federación Internacional de la Cruz Roja.

^[2] Para el 2003, la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) se ubicó en 68.483 millones de dólares. (OCDE, abril 2004).

^[3] La CEPAL cuenta con una metodología que permite tasar los efectos económicos, sociales y ambientales de los desastres.

^[4] En el informe “La reducción de los riesgos de desastres: un desafío para el desarrollo”, elaborado por el PNUD en el año 2004, se presenta una excelente contribución que es el índice de riesgo de desastres (IRD).